



CANTO XI

Acábanse las fiestas y diferencias. Y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, antes de llegar á ella hace un fuerte, en el cual metido, vienen los españoles sobre él, donde tuvieron una recia batalla.

Cuando los corazones nunca usados
A dar señal y muestra de flaqueza
Se ven en lugar público afrentados,
Entonces manifiestan su grandeza:
Fortalecen los miembros fatigados,
Despiden el cansancio y la torpeza,
Y salen fácilmente con las cosas
Que eran antes, señor, dificultosas.

Así le avino á Rengo, que en cayendo,
Tanto esfuerzo le puso el corrimiento,
Que lleno de furor y en ira ardiendo
Se le dobló la fuerza y el aliento;
Y al enemigo fuerte no pudiendo
Ganarle antes un paso, agora ciento
Alzado de la tierra lo llevaba,
Que aun afirmar los piés no lo dejaba.

Adelante la cólera pasara,
Y hubiera alguna brega en aquel llano
Si receloso desto no bajara
Presto de arriba el hijo de Pillano,
Que de Caupolicán traía la vara,
Y él propio los aparta de su mano,
Que no fué poco en tanto encendimiento
Tenerle este respeto y miramiento.

Siendo desta manera sin ruido
Despartida la lucha ya enconada,
Le fue á Rengo su honor restituido,
Mas quedó sin derecho á la celada:
Aun no estaba del todo definido,
Ni la plaza de gente despejada,
Cuando el mozo Orompello dijo presto:
«Mi vez ahora me toca, mío es el puesto.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

Que bramando entre sí se deshacía
Esperando aquel tiempo deseado,
Viendo que Leucoton ya mantenía,
Del tiro de la lanza no olvidado:
Con gran desenvoltura y gallardía
Salta el palenque y entra el estacado,
Y en medio de la plaza, como digo,
Llamaba cuerpo á cuerpo al enemigo.

La trápala y murmurio en el momento
Creció, porque parando el pueblo en ello,
Conoce por allí cuán descontento
Del fuerte Leucoton está Orompello:
Témese que vendrán á rompimiento;
Mas nadie se atraviesa á defendello,
Antes la plaza libre los dejaron,
Y los vacíos lugares ocuparon.

El pueblo de la lucha deseoso,
La mas parte á Orompello se inclinaba;
Mira los bellos miembros, y el airoso
Cuerpo que á la sazón se desnudaba:
La gracia, el pelo crespo, y el hermoso
Rostro, donde su poca edad mostraba,
Que veinte años cumplidos no tenía,
Y á Leucoton á fuerzas desafia.

Juzgan ser desconformes los presentes
Las fuerzas destos dos por la apariencia,
Viendo del uno el talle y los valientes
Niervos, edad perfeta y experiencia;
Y del otro los miembros diferentes,
La tierna edad y grata adolecencia,
Aunque á tal opinion contradecía
La muestra de Orompello y osadía.

Que puesto en su lugar, ufano espera
El son de la trompeta, como cuando
El fogoso caballo en la carrera
La seña del partir está aguardando,
Y cual halcón que en la húmida ribera
Ve la garza de lejos blanqueando,
Que se alegra y se pule ya lozano,
Y está para arrojarse de la mano.

El gallardo Orompello así esperaba
Aquel alegre son para moverse,
Que de ver la tardanza imaginaba
Que habían impedimentos de ofrecerse:
Visto que tanto ya se dilataba,
Queriendo á su sabor satisfacerse,
Derecho á Leucoton sale animoso,
Que no fué en recibirle perezoso.

En gran silencio vuelto el rumor vano,
Quedando mudos todos los presentes,
En medio de la plaza mano á mano
Salen á se probar los dos valientes:
Como cuando el lebre, y fiero alano,
Mostrándose con ronco son los dientes,
Yertos los cerros, y ojos encendidos,
Se vienen á morder embravecidos.

De tal modo los dos amordazados,
Sin esperar trompeta ni padrino,
De coraje y rencor estimulados,
De medio á medio parten el camino;
Y en un instante iguales, aferrados
Con estremada fuerza y diestro tino,
Se ciñeron los brazos poderosos,
Echándose á los piés lazos ñudosos.

Las desconformes fuerzas, aunque iguales,
Los lleva, arroja, y vuelve á todos lados
Viéranlos sin mudarse á veces tales,
Que parecen en tierra estar clavados;
Donde ponen los piés, dejan señales,
Cavan el duro suelo, y apretados
Juntándose rodillas con rodillas
Hacen crujir los huesos y costillas.

Cada cual del valor, destreza y maña
Usaba, que en tal tiempo usar podía,
Viendo el duro teson y fuerza estraña
Que en su recio adversario conocía:
Revuélvense los dos por la campaña,
Sin conocerse en nadie mejoría;
Pero tanto de acá y de allá anduvieron
Que ambos juntos á un tiempo en tierra dieron.

Fué tan presto el caer, y en el momento
Tan presto el levantarse, por manera
Que se puede decir que el mas atento,
A mover la pestaña, no lo viera:
Ventaja ni seña de vencimiento
Juzgarse por entonces no pudiera,
Que Leucoton arrodilló en el llano,
Y Orompello tocó sola una mano.

En esto los padrinos se metieron,
Y á cada lado el suyo retirando,
En disputa la lucha resumieron,
Sus puntos y razones alegando:
De entrambas partes gentes acudieron,
La porfía y rumor multiplicando,
Quién daba al uno el precio, honor y gloria,
Quién cantaba del otro la vitoria.

Tucapelo, que estaba en un asiento
A la diestra del hijo de Pillano,
Visto lo que pasaba, en el momento
Salta en la plaza, la ferrada en mano,
Y con aquel usado atrevimiento
Dice: «El precio ganó mi primo hermano,
Y si alguno esta causa me defiende,
Haréle yo entender que no lo entiende.

»La joya es de Orompello, y quien bastante
Se halla á reprobar el voto mio,
En campo estamos, hágase adelante,
Que en suma le desmiento y desafío:»
Leucoton con un término arrogante
Dice: «Yo amansaré tu loco brio,
Y el vano orgullo y necio devaneo,
Que mucho tiempo ha ya que lo deseo.»

«Conmigo lo has de haber, que comenzado
Juego tenemos ya,» dijo Orompello;
Responde Leucoton fiero y airado,
«Contigo y con tu primo quiero habello:»
Caupolicán en esto era llegado,
Que del supremo asiento, viendo aquello,
Había bajado á la sazón confuso,
Y allí su autoridad toda interpuso.

Tomo 1

Leucoton y Orompello conociendo
Que el gran Caupolicán allí venía,
Las enconosas voces reprimiendo,
Cada cual por su parte se desvía;
Mas Tucapel la maza revolviendo,
Que otro acuerdo y concierto no quería,
Lleno de ira diabólica no calla
Llamando á todo el mundo á la batalla.

Ruego y medios con él no valen nada
Del hijo de Leocán, ni de otra gente,
Diciendo que á Orompello la celada
Le den por vencedor y mas valiente:
Después, que en plaza franca y estacada
Con Leucoton le dejen libremente,
Donde aquella disputa se decida,
Perdiendo de los dos uno la vida.

Puesto Caupolicán en este aprieto,
Lleno de rabia y de furor movido,
Le dice: «Haré que guardes el respeto,
Que á mi persona y cargo le es debido.»
Tucapel le responde: «Yo prometo
Que por temor no baje del partido,
Y aquel que en lo que digo no viniere
Haga á su voluntad lo que pudiere.

»Guardaréte respeto, si derecho
En lo que justo pido me guardares,
Y mientras que con recto y sano pecho
La causa sin pasión desto mirares;
Mas si contra razón solo de hecho,
Torciendo la justicia lo llevares,
Por tí, y tu cargo, y todo el mundo junto
No perderé de mi derecho un punto.»

Caupolicán perdida la paciencia
Se mueve á Tucapel determinado;
Mas Colocolo, viejo de experiencia,
Que con temor le andaba siempre al lado,
Le hizo una acatada resistencia,
Diciendo: «¿Estás, señor, tan olvidado
De tí y tu autoridad, y salud nuestra,
Que lo pongas en solo alzar la diestra?»

»Mira, señor, que todo se aventura,
Mira que están los mas ya diferentes;
De Tucapel conoces la locura,
Y la fuerza que tiene de parientes;
Lo que enmendar se puede con cordura,
No lo enmiendes con sangre de inocentes:
Dale á Orompello el contenido precio,
Y otro al competidor de igual aprecio.

»Si por rigor y término sangriento
Quieres poner en riesgo lo que queda,
Puesto que sobre fijo fundamento
Fortuna á tu sabor mueva la rueda,
Y el juvenil furor y atrevimiento
Castigar á tu salvo te conceda,
Queda tu fuerza mas disminuida,
Y al fin tu autoridad menos temida.

»Pierdes dos hombres, pierdes dos espadas
Que el límite araucano han estendido,
Y en las fieras naciones apartadas
Hacen que sea tu nombre tan temido:
Si agora han sido aquí desacatadas,
Mira lo que otras veces han servido,
En trances peligrosos derramando
La sangre propia y del contrario bando.»

Imprimieron así en Caupolicano
Las razones y celo de aquel viejo,
Que frenando el furor dijo: «En tu mano
Lo dejo todo, y tomo ese consejo.»
Con tal resolucion, el sabio anciano
Viendo abierto camino y aparejo,
Habló con Leucoton, que vino en todo,
Y á los primos después del mismo modo.

Y así el viejo eficaz los persuadiera,
Que en tal discordia y caso tan diviso,
Lo que el mundo universo no pudiera
Pudo su discrecion y buen aviso:
Fuéles pues reduciendo de manera
Que vinieron á todo lo que quiso;
Pero con condicion que la celada
Por precio de Orompello fuese dada.

Pues la rica celada allí traída,
Al ufano Orompello le fué puesta;
Y una cuera de malla guarnecida
De fino oro á la par vino con esta,
Y al mismo tiempo á Leucoton vestida,
Todos conformes en alegre fiesta
A las copiosas mesas se sentaron,
Donde mas la amistad confederaron.

Acabado el comer, lo que del día
Les quedaba, las mesas levantadas,
Se pasó en regocijo y alegría,
Tejiendo en corros danzas siempre usadas,
Donde un número grande intervenia
De mozos y mujeres festejadas;
Que las pruebas cesaron y ocasiones,
Atento á no mover nuevas cuestiones.

Cuando la noche el horizonte cierra
Y con la negra sombra el mundo abraza,
Los principales hombres de la tierra
Se juntaron en una antigua plaza
A tratar de las cosas de la guerra,
Y en el discurso dellas dar la traza,
Diciendo que el subsidio padecido
Había de ser con sangre redemido.

Salieron con que al hijo de Pillano
Se cometiese el cargo deseado,
Y el número de gente por su mano
Fuese absolutamente señalado:
Tal era la opinion del araucano,
Y tal crédito y fama había alcanzado,
Que si asolar el cielo prometiera,
Crédito á la promesa se le diera.

Y entre la gente joven mas granada
Fueron por él quinientos escogidos,
Mozos gallardos de la vida airada,
Por mas bravos que pláticos tenidos:
Y hubo de otros por ir esta jornada
Tantos ruegos, protestos y partidos,
Que excusa no bastó ni impedimento
A no esceder la copia en otros ciento.

Los que Lautaro escoge son soldados
Amigos de inquietud, facinerosos,
En el duro trabajo ejercitados,
Perversos, disolutos, sediciosos,
A cualquiera maldad determinados,
De presas y ganancias codiciosos,
Homicidas, sangrientos, temerarios,
Ladrones, bandoleros y corsarios.

Con esta buena gente caminaba
Hasta Maule de paz atravesando,
Y las tierras después por do pasaba
Las iba á fuego y sangre sujetando:
Todo sin resistir se le allanaba,
Poniéndose debajo de su mando;
Los caciques le ofrecen francamente
Servicio, armas, comida, ropa y gente.

Así que por los pueblos y ciudades
La comarca los bárbaros destruyen,
Talan comidas, casas y heredades,
Que los indios de miedo al pueblo huyen:
Estupros, adulterios y maldades
Por violencia sin término concluyen,
No reservando edad, estado y tierra,
Que á todo riesgo y trance era la guerra.

No paran con la gana que tenían
De venir con los nuestros á la prueba,
Los indios comarcanos que huían
Llevan á la ciudad la triste nueva:
Rumores y alborotos se movían,
El bélico bullicio se renueva,
Aunque algunos que el caso contemplaban
A tales nuevas crédito no daban.

Dicen, que era locura claramente
Pensar que así una escuadra desmandada
De tan pequeño número de gente
Se atreviese á emprender esta jornada;
Y mas contra ciudad tan eminente,
Y lejos de su tierra y apartada;
Pero los que de Penco habían salido
Tienen por mas el daño que el ruido.

Votos hay que saliesen al camino,
Estos son de los jóvenes bríosos,
Otros que era imprudencia y desatino
Por los pasos y sitios peligrosos:
A todo con presteza se previno,
Que de grandes reparos ingeniosos
El pueblo fortalecen, y en un punto
Despachan corredores todo junto,

Debajo de un caudillo diligente
Que verdadera relacion trujese
Del número y designio de la gente,
Con comision, si lance le saliese,
A su honor y defensa conveniente,
Que al bárbaro escuadron acometiese,
Volviendo á rienda suelta dos soldados
Para que dello fuesen avisados.

Por no haber caso en esto señalado,
Abrevio con decir que se partieron,
Y al cuarto día con ánimo esforzado
Sobre el campo enemigo amanecieron:
Trabóse el juego, y no duró trabado,
Que los bárbaros luego los rompieron,
Y todos con cuidado y piés lijeros
Revolvieron á ser los mensajeros.

Sin aliento, cansados y afligidos,
Vuelven con testimonio asaz bastante
De cómo fueron rotos y vencidos
Por la fuerza del bárbaro pujante:
Lasos, llenos de sangre, mal heridos,
Con pérdida de un hombre, el cual delante
Y en medio de los campos desmandado,
A manos de Lautaro había espirado.

Cuentan que levantado un muro había
Adonde con sus bárbaros se acoge,
Y que infinita gente le acudia,
De la cual la mas diestra y fuerte escoge;
También que bastimentos cada día
Y cantidad de municion recoge,
Afirmando por cierto fuera desto
Que sobre la ciudad llegará presto.